

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,

Excmo. Sr. Vicepresidente primero del Patronato de la Fundación
Universitaria san Pablo CEU

Ilustrísimos Señor Vicerrector,

Ilmo. Sr. Director del Instituto de Humanidades Ángel Ayala,

Querido equipo decanal, queridos Directores de Departamento, queridos
coordinadores de titulación, queridos siempre profesores, becarios,
personal de administración y servicios, queridos amigos de la Facultad,
Queridos alumnos premiados y sus familiares, queridos alumnos,

No seré yo quien dé más pábulo a la expresión del mejicano Octavio Paz sobre el clima en el que nos movemos, propio de un “tiempo nublado”. Ni tengo por qué dar más alas al lúgubre diagnóstico que Ortega y Gasset hizo de la Universidad española en la tercera década del siglo pasado: “Cosa triste, inerte, opaca, sin vida”. Lo que a nosotros nos ocupa, y nos preocupa, en este día es la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad san Pablo CEU, nuestra comunidad de vida y de verdad. Gracias a todos porque está Facultad la hacemos, como siempre, con todos y entre todos.

Lo evidente no se describe. Y es evidente que existe una ocupación y preocupación sobre cómo acertar en nuestra Facultad y cómo hacer de esta comunidad que formamos una Facultad de referencia. Esta preocupación se inscribe, como no podía ser menos, en otras preocupaciones mayores que nos afectan. Muestra de ello fue, por ejemplo, la lección inaugural de este

curso académico, o la lectura reciente, en mi caso, de textos como el de Víctor Pérez-Díaz, “Universidad, ciudadanos y nómadas”, Premio Internacional de Ensayo Jovellanos, 2010; o ese fascinante “Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades”, de Jordi Llovet; o los resultados del proyecto de investigación de los profesores Jiménez Amaya y Sánchez-Migallón, “Diagnóstico de la Universidad en Alasdair MacIntyre”, o los recientemente publicados en español “Tres estudios sobre la universidad”, de Romano Guardini, o el precioso testimonio de Giovanni Valente, “El profesor Ratzinger”.

De este último recuerdo la descripción que Josef Sayer, alumno de Ratzinger en Tubinga, hizo, en aquella época, de su joven profesor: “El nuevo profesor hablaba y argumentaba de forma clara y fascinante, y todo lo que decía, tal como salía de sus labios, podía ser publicado sin necesidad de modificaciones ni correcciones. Era, ante todo, una persona afable y como profesor no tenía la actitud impaciente y antipática de muchos otros de sus compañeros”.

Durante no pocos de nuestros últimos cursos hemos trabajado, en muchas ocasiones contra viento y marea, contra los tifones administrativos, burocráticos, y contra las mutaciones e instancias que instrumentalizan a la Universidad española, para escribir la partitura de unos planes de estudio en la Facultad y por implantarlos. Jordi Llovet habla de generaciones de profesores universitarios que han entrado en un período de “ensimismamiento, de impotencia o, sencillamente, de cansancio melancólico, dadas las nuevas formas de control de la actividad universitaria y de burocratización de la Universidad, entre otros factores”.

Estamos a punto de asistir al orto de un Grado único en la Universidad española, del que estoy seguro nos sentiremos orgullosos. Podremos decir un día que, así como don Ángel Herrera Oria introdujo la Escuela de Periodismo en la Historia, nosotros nos lanzamos al proyecto de

un Grado en Comunicación Digital para conjugar el futuro de la comunicación y del periodismo. Pero este movimiento fracasará si no va acompañado de un temple, de un Ethos, que nos permita mantener siempre elevada la mirada. Un temple que haga posible percibir nuestra Comunidad Universitaria como diferenciada del resto.

¿Sobre qué elementos edificar ese temple, ese Ethos? La cuestión del temple, la cuestión del Ethos, es la cuestión de la respuesta que demos a una sencilla pregunta que fue el título del manuscrito, publicado póstumamente, de Romano Guardini: ¿Voluntad de poder o voluntad de verdad?

¿El proyecto de nuestra Facultad es fruto de la voluntad de poder o de la voluntad de verdad de todos y de cada uno? Escribía Romano Guardini: “El núcleo de la antigua Universidad era la pregunta por la verdad. Pese a toda crítica, relativización, etc., ella constituía el núcleo último; la motivación última; la legitimación última. Hoy esta pregunta ha desaparecido en gran medida. Aquí reside la razón más profunda de la crisis de la Universidad (...) Se trata de la decisión de si la existencia humana, y la existencia universitaria, debe estar definitivamente dominada por la voluntad de poder o por la voluntad de verdad”.

La apasionante tarea que tenemos entre manos exige el pensar, articular, proyectar y transmitir una visión del hombre y del mundo que responda a la dignidad de la persona, que se abra al designio salvador de Dios y que sea adecuada para caminar en una sociedad compleja, en constante cambio. No somos una comunidad de intereses, en la que se produce la suma de los de cada uno, y así, cuando coinciden varias familias de intereses, el proyecto adquiere velocidad y camina hacia rumbo fijo. Somos una comunidad de un interés común, que nos supera, y que trasciende nuestros deseos, y que nos permite no la autocomplacencia de mirarnos los unos a otros para acabar señalando a nuestro dedo como un

punto en el horizonte, sino mirar todos juntos un único punto. La antítesis del temple de la Facultad sería la frase “¡Qué hay de lo mío!”.

Nuestra comunidad es una comunidad cooperativa, en la que la experiencia de la búsqueda de la verdad es una experiencia humana, primordial, azarosa y arriesgada por su propia naturaleza, que nos suscita una mezcla de fascinación e inquietud. Cuántas veces al concluir una clase, una tutoría, un proyecto de investigación, nos ha invadido una sensación de entrega, de ruptura de riesgo. Rozando esa orilla de la verdad insuficiente y siempre por completar, nos hemos aventurado al hacer, deshacer y rehacer nuestro empeño.

Soy consciente de que si miramos a nuestro alrededor la vista se ensombrece. Lo humano no es sólo errar, es buscar seguridad, y hay avisos en el horizonte que pueden llegar a desalentarnos. A los profetas de calamidades se añaden los repetidores de cantinelas que diagnostican y pronostican malos tiempos. La inmediata tentación es dar la razón a Casiano que, en sus “Instituciones”, otorga a la tristeza, oponiéndola a la melancolía, rango de pecado capital. Despejar de nuestra vida la odiosa acedia exige en cada momento un nuevo ahora comienzo. Un ahora comienzo para un camino seguro: el orgullo y la alegría vital es síntoma de amistad, de la que Aristóteles decía que es lo más necesario de la vida. La amistad es el amor más libre y el más exigente. Si no podemos decir que en la Facultad nos hemos beneficiado de la amistad, el diagnóstico es preocupante.

Lo que hace a la Facultad, a nuestra Facultad, un ámbito de gozosa comprensión y de convivencia no es nuestro precioso campus ni nuestros edificios. Ni siquiera nuestros estudios de Radio y televisión, algo así como la Biblioteca de Borges, quien imaginaba el cielo como una biblioteca. No es el campus ni los edificios, es el espíritu de la Facultad. Un espíritu que no tendrá mucho brillo, pero que tiene resplandor. El brillo es llamativo por

su prestada claridad. El resplandor –en cambio- forma una luminaria constante, tranquila, que procede de dentro y guía con seguridad a quien la sigue. La Facultad ha de ser un ámbito de sosiego en el que se piense lo más profundo y se ame lo más vivo. “Lo más grave de esta época cargada de gravedad –decía Heidegger- es que aún no pensamos”. Se nos va el tiempo y las energías en lo accidental y perdemos la visión firme de lo esencial, a la que hemos de acudir siempre como a una fuente de vida.

Permitidme una última confesión. Gateano Righi, en su *Historia de la filología clásica*, cita unas palabras de G. Carducci con las que describía el papel de los maestros humanistas del siglo XIV y del rendimiento político de su actividad. Y yo me siento uno de ellos. Decía: “Afrontando los peligros de largos viaje, descendían radiantes de una abadía gótica con un códice bajo el brazo (...) y los señores feudales se reían, sin saber que de aquel códice habían de salir la palabra y la libertad”.

He dicho.